

TODAS DEBERÍAMOS SER FEMINISTAS

We Should All Be Feminists

Marcela Leticia LÓPEZ SERNA*

Sistema Estatal Anticorrupción de Aguascalientes, México

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5743-1512>

DOI: <https://doi.org/10.15174/cj.v15i30.579>

Ngozi Adichie, Chimamanda, *Todos deberíamos ser feministas*, Ciudad de México, Random House, 2015, 62 pp.

La visión contemporánea de los derechos humanos ha dado un giro conceptual a las premisas clásicas de las que se partía respecto a los destinatarios de dichos derechos. El feminismo, o mejor dicho, los feminismos, son un pilar fundante cuando de igualdad se trata, pues han aportado una visión crítica-analítica de la violencia estructural que las mujeres enfrentan en contextos de igualdad formal. Bajo esta mirada la idea de neutralidad en la norma y en las estructuras institucionales, incluidas no solo las del Estado, sino también las instituciones sociales, religiosas, y familiares, resulta insostenible en tanto que en ellas pervive una brecha de desigualdad tan marcada, que las propias estadísticas dan cuenta de la existencia de un sesgo, prácticamente en todas las parcelas de la vida de las mujeres, respecto de sus pares masculinos.

Por ello, la lectura de *Todos deberíamos ser feministas* de Chimamanda Ngozi Adichie, se coloca como un material de referencia esencial, sobre todo a modo introductorio a las diversas teorías de los feminismos y la interculturalidad.

Chimamanda parte de la premisa de que la libertad de las mujeres para vivir su vida se encuentra sujeta a las críticas, incluso respecto de cómo deciden constituir su feminidad. Así, el ser feminista —o no serlo— es algo que estará sujeto a las críticas constantes, ya sea que esto implique encajar demasiado, o no ajustarse en absoluto a los parámetros de lo esperado. Traduciéndose, al final de cuentas, en insatisfacción y una limitada libertad para ser y vivir.

Todos deberíamos ser feministas es un ensayo breve pero contundente en el que Chimamanda Ngozi Adichie plantea, desde su propia vivencia, por qué es menester seguir hablando de feminismo, aunque se piense que es un análisis explorado en demasía. En párrafos anteriores se hizo la acotación de que la manera correcta de referirse al feminismo es en plural, pues abordar el fenómeno del «ser mujer» y alcanzar los

* Doctora por la Universidad de Guanajuato. Actualmente, presidenta del Sistema Estatal Anticorrupción de Aguascalientes.

derechos humanos en contextos de igualdad puede tener matices distintos, según la posición desde la cual se observe. Al final, todos terminan siendo formas de un mismo humanismo que busca el reconocimiento de la dignidad en todas las mujeres, independientemente de sus circunstancias y las interseccionalidades que las definan.

El libro es asequible para cualquier persona; parte de una charla TEDx que ella misma otorgó en 2012. El texto comienza explicando lo inalcanzable que parece ser el convertirse en una feminista; incluso detalles tan particulares como el uso de maquillaje pueden ser juzgados como señales de que la persona es insuficientemente feminista.

Las notas del libro conducen al estudio de elementos de alta complejidad, como la interseccionalidad anunciada. Chimamanda creció en Nigeria, donde se enfrentó con un contraste cultural que incluye el mandato hegemónico de lo occidental, que repele todo aquello que parezca diferente a lo surgido en ese hemisferio, y que se encarniza a través de la discriminación y la violencia. Es así como, para Chimamanda, el asumirse feminista es un reto teórico y conceptual, que considera importante habitar, aun cuando el asumirse como tal sea en sí mismo un reto.

El argumento central del texto es claro: el feminismo no es una lucha exclusiva de las mujeres, sino un movimiento que busca la igualdad para todas las personas; es, pues, un humanismo. Por ello, cuestiona los estereotipos arraigados, que forman parte de las identidades culturales, políticas y jurídicas, evidenciando cómo las normas sociales afectan tanto a mujeres como a hombres.

Otro punto central es la crítica a la educación tradicional de género, que lo abarca todo, pues nuestras instituciones y estructuras están performadas, en gran medida, con base en la dicotomía tradicional de género, donde los hombres deben hacer ciertas cosas y las mujeres otras diversas. Esto marca incluso la división sexual del trabajo, los espacios a ocupar por unas y otros y los espectros de derechos a disfrutar. Chimamanda señala que, desde la infancia, se inculcan los roles que limitan el desarrollo pleno de las personas, en el modo de responder a la dinámica social o incluso en los límites que física, intelectual o emocionalmente debe tener cada cual, preservando con ello un modo de vivir, tradicionalmente, las sociedades. Por supuesto, estas expectativas generan desigualdades estructurales que se normalizan con el tiempo, lo cual complejiza su observancia y posible mutación social.

Al igual que ocurre con otras de sus obras, en *Todos deberíamos ser feministas*, independientemente de su pequeña extensión, Chimamanda aporta bases conceptuales sólidas que ponen de relevancia las condiciones de desigualdad que las mujeres enfrentan en su cotidianidad para sostenerse y afirmarse como tales. Una paradoja que resulta relevante es el prejuicio que existe entre los feminismos, donde al decantarse por posturas más moderadas o extremas se suele señalar a aquellas mujeres que, desde esa óptica, incumplen el revelarse contra los mandatos patriarcales de forma suficiente; es decir, la crítica parte de si existe o no una revuelta contra el patriarcado, pero continúa y se robustece cuando las formas o el fondo de esa rebelión no se adecuan a las expectativas de los espectadores, lo que, por tanto, ocurre siempre.

La autora propone una postura más conciliadora, que probablemente termina siendo más libertaria, una donde desde la diversidad de la individualidad de las muje-

res y sus experiencias de vida puedan cada una en lo singular, y partiendo de su contexto, elegir los modos emancipatorios que les resulten oportunos para vivir más plenamente sus vidas, sin tener que cumplir con mandatos externos no justificados —por supuesto dentro de los límites que la dinámica social y la teoría de los derechos humanos les concedan—, lo cual permite, en última instancia, ejercer el derecho a definir su propia identidad, eligiendo con total libertad si desea o no inscribirse dentro de la categoría de feminista.

Probablemente una de las mayores fortalezas del libro sea la claridad para desmontar prejuicios tan introyectados en nuestra cotidianidad, que alcanzan prácticamente a todos los escenarios. La obra invita a un análisis social y jurídico que permita, desde lo empírico, fortalecer la dignidad que corresponde a las mujeres.

Con esta aportación literaria, Ngozi deja sobre la mesa una forma amigable para iniciarse en el estudio de los feminismos, a la vez que lanza una sutil pero insidiosa invitación a generar cuestionamientos sobre las ideas preconcebidas que tenemos en materia de género y de igualdad. A la luz del contexto jurídico positivista tradicional pone en jaque la idea de validez de la norma y los derechos, aun cuando se coloquen en trastoque de principios como la justicia. Quizá la mayor virtud es el poder ver al feminismo como una herramienta conceptual que ayuda a analizar, desde postulados mayormente críticos y analíticos, lo que es ser desde las diversidades.